

## La lenta transición mexicana

**¿ESTAMOS** realmente en un proceso de transición democrática en México?, se preguntan por igual dirigentes políticos, analistas y ciudadanos. En las recientes elecciones federales de mitad de sexenio, el 6 de julio de 1997, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdió por primera vez la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. En agosto, los cuatro partidos de oposición allí representados llegaron a un acuerdo político para conformar una nueva mayoría, con 261 diputados frente a los 239 del PRI.

De hecho, el 10 de septiembre, al presentar su III Informe de Gobierno, el Presidente de la República, Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León, debió hacerlo frente a un Congreso presidido por el diputado Porfirio Muñoz Lado. El presidente del Congreso mexicano es un viejo lobo de mar de la política, que hace veinte años presidió el PRI y hace diez salió del partido oficial para iniciar, junto con Cuauhtémoc Cárdenas, lo que hoy es el Partido de la Revolución Democrática (PRD), la segunda fuerza en la Cámara de Diputados, que además encabezará, en la persona de Cárdenas, el gobierno de la Ciudad de México. Para colmo, el diputado Muñoz Lado le endilgó a Zedillo —que no ha podido o no ha querido cumplir los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, piedra de toque de

*la paz en Chiapas— una frase zapatista sobre el buen gobierno: «saber gobernar es saber escuchar y saber rectificar... estoy cierto que saber gobernar es mandar obedeciendo».*

*Para muchos mexicanos, sin embargo, la transición mexicana es desesperadamente lenta. La senadora de oposición Amalia García ha dicho que «por su lentitud, la transición mexicana ya entró al libro de records mundiales de Guinness». Aun cuando algunos ubican su punto de partida en las recientes elecciones, otros trazan su origen en 1986, cuando el gobierno y su partido perdieron la elección para gobernador de Chihuahua frente al Partido Acción Nacional (PAN), triunfo que no fue reconocido. Algunos más ubican el inicio en otro 8 de julio, el de 1988, cuando Cárdenas ganó la elección presidencial sin que su victoria lo llevara a ocupar el gobierno, merced al descomunal fraude electoral perpetrado por el gobierno del entonces presidente Miguel de la Madrid, en combinación con el candidato oficial, Carlos Salinas de Gortari. Ambos triunfos trocados en derrota habrían acicateado la voluntad democrática de los mexicanos en los años subsiguientes.*

*SIN embargo, como dice en un rabioso cuento el escritor guatemalteco Augusto «Tito» Monterroso, «cuando me desperté, el dinosaurio todavía estaba allí». Es decir, que se quiera o no, el PRI, que no es realmente un partido, sino una especie de ministerio electoral del Estado mexicano, sigue siendo el partido más votado (39% de la votación nacional), el que tiene la Presidencia de la República, el control del Senado, la Suprema Corte de Justicia, 25 de los 32 gobiernos estatales, y el 80 % de los 2418 municipios del país. O sea, que es un poco temprano para cantar victoria.*

*Para dos terceras partes de los mexicanos, los cambios que han tenido lugar en el Congreso no significarán mayor cosa en tanto no se traduzcan en una mejoría en su nivel de vida. La verdad es que ésa es una gigantesca*

*asignatura pendiente en un país donde dos terceras partes de los 95 millones de habitantes perciben un ingreso inferior a cinco dólares al día. A la gran mayoría de ellos, el futuro les sigue deparando el paro, la pobreza, o la aventura de cruzar hacia el norte sin documentos y por desiertos inhóspitos, a riesgo de su vida.*

*Para numerosos analistas independientes, Zedillo no ha tomado el toro por los cuernos. No ha sido el garante de la transición a la democracia, sino que se ha puesto la camiseta de su partido, actuando como jefe de camarilla y no como jefe de Estado. En México no se ha producido un Pacto de la Moncloa porque la transición se está dando a pesar y en contra de numerosos políticos aferrados al **ancien régime** que no conciben la vida sin el PRI.*

**DE** la misma manera, habiendo dejado atrás el espejismo salinista de la entrada al Primer Mundo, a los ojos del mundo México sigue siendo un país de grandes contrastes. Es un país rico con un pueblo pobre. Es miembro de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (la OCDE, el club de países industrializados con sede en París) y seis de cada diez de sus habitantes viven por debajo de la línea de pobreza. Es un exportador creciente de productos agrícolas y manufactureros (estimación de las ventas al exterior para 1997: 100 mil millones de dólares), pero al mismo tiempo expulsa mano de obra barata. Es un importante receptor de importantes flujos de capital, y permanece atado al pago de una pesada deuda externa. Es socio comercial de la mayor potencia del mundo, pero tiene que soportar una vez tras otra humillaciones de su vecino, para mantener abierta la posibilidad de otro rescate financiero por parte del Departamento del Tesoro estadounidense en caso de una debacle más del peso mexicano en el futuro cercano.

*Aquí reside quizá el mayor problema de la lenta transición mexicana: para las elites económicas y políticas*

*del país azteca, el modelo a seguir es el estadounidense.*

*Sueñan con que firmando tratados de libre comercio, privatizando empresas públicas, facilitando las cosas a la inversión extranjera y ofreciendo elevadas recompensas a los capitales especulativos, una mañana los mexicanos habrán de amanecer como yanquis de ojo azul, hablando inglés y con un ingreso por cápita por encima de los 25 mil dólares. Hoy la mirada de dichas elites está en Washington y en Wall Street, y por eso prefieren ignorar lo que ocurre en Chiapas y en el resto del país, más allá de los distritos financieros y de las zonas residenciales en donde habitan. Al fin y al cabo, los morenos que no habán inglés son irredentos.*

*SÓLO cuando la transición se dé al nivel del municipio, de las organizaciones sociales y sindicales, de las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres, habrá alcanzado la fuerza suficiente para no calificarla de fenómeno superficial e ilusorio; es decir, cuando los mexicanos puedan aspirar a una vida digna en su propio país.*

*Sólo entonces podremos decir que ya estamos «del otro lado», pero no de la frontera marcada por el Río Bravo entre México y Estados Unidos, sino del subdesarrollo y el atraso. Como dijo León Felipe, hace falta llegar «con todos y a tiempo» para que podamos hablar de una transición de verdad.*